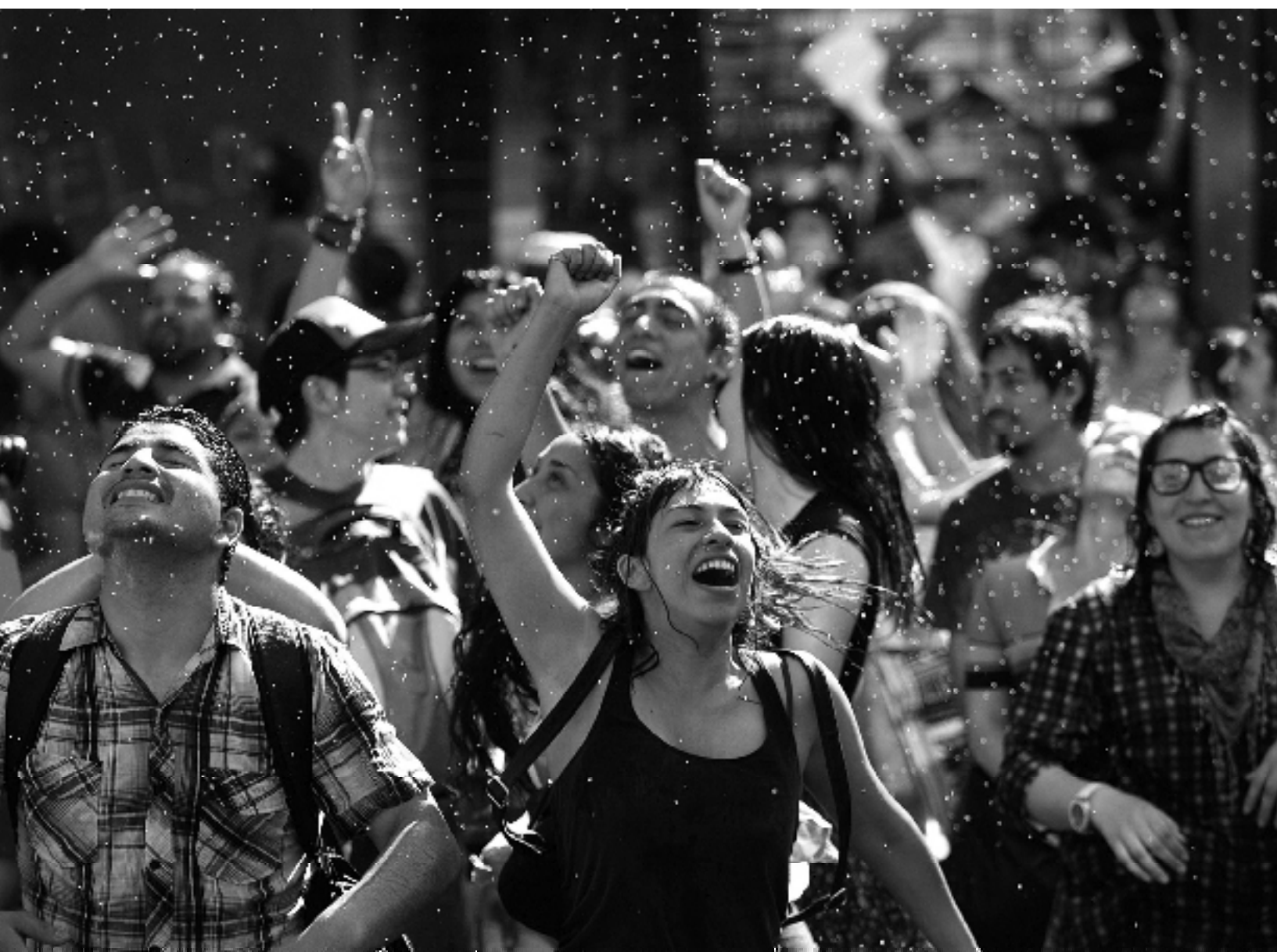


PARTE 1

Subjetividad y felicidad: una oportunidad para repensar el desarrollo



La posibilidad de incorporar la búsqueda de la felicidad como un objetivo del desarrollo está hoy cada vez más presente en la discusión pública internacional. Diversos países y líderes están comenzando a valorar como un fin políticamente relevante las consideraciones asociadas a la satisfacción que las personas experimentan con sus vidas. Aunque de manera incipiente, la conversación está también instalada en la sociedad chilena.

Esta búsqueda representa sin duda una oportunidad para repensar el desarrollo. Es una oportunidad pues vuelve a poner a las personas en el centro de la discusión sobre el desarrollo y porque profundiza el argumento a favor de identificar, más allá del mero crecimiento económico, los objetivos que una sociedad debe perseguir para considerarse verdaderamente desarrollada. En otras palabras, el debate en torno a la felicidad sitúa en el centro del análisis social la pregunta por “aquello que realmente importa”, tanto en la vida de las personas como en el devenir de la sociedad.

Sin embargo, el empeño no está exento de dificultades teóricas y prácticas. Más allá de la mayor o menor adhesión que pueda gatillar, no todas las posibilidades que abre este debate son fructíferas en términos de servir de guía al desarrollo. La noción de felicidad no existe al margen de los usos cotidianos que se hacen de ella en cada sociedad particular. De hecho, una de las versiones más difundidas en la sociedad chilena sobre el discurso de la felicidad, el de las instituciones del mercado, tiende a poner el acento en los aspectos estrictamente individuales de la búsqueda de la felicidad, oscureciendo sus importantes determinantes sociales.

La tarea, si aspira a resignificar el horizonte del desarrollo, requiere acometerse ampliando la mirada y teniendo en cuenta en toda su

complejidad una dimensión hasta ahora poco atendida del desarrollo, y de la cual el fenómeno de la felicidad forma parte: la subjetividad. La subjetividad es la cara individual de la vida en sociedad. Es el espacio de interioridad de los individuos, formado por sus emociones, reflexiones, percepciones, deseos y valoraciones, donde construyen una imagen de sí, de los otros y del mundo en el contexto de sus experiencias sociales. En este espacio se genera el bienestar o el malestar subjetivos, que se relacionan con las autoevaluaciones, positivas o negativas, que las personas hacen de sus vidas y del contexto social en el cual las despliegan.

En este campo más amplio, el renovado debate sobre el desarrollo no puede contentarse con miradas parciales. Instalar la subjetividad como fin del desarrollo implica asumir, en primer lugar, que la subjetividad importa; tanto por razones normativas y de sentido para las personas como por las consecuencias que tiene para el conjunto de la sociedad, ya que está en la base de las prácticas sociales y de las conductas. Pero el debate debe asumir también que *toda* la subjetividad importa; no solo la que se refiere a la mirada de las personas sobre sus vidas individuales sino también a la imagen que tienen de la sociedad. Considerarla en toda su complejidad obliga a aquilatar también que esta subjetividad puede mostrar rasgos ambivalentes, mezclando valoraciones positivas y negativas en campos diferentes sin que eso signifique inconsistencia: más bien son tensiones particulares que deben comprenderse y manejarse. Implica también reconocer que la subjetividad es en sí misma un campo, una dinámica que si bien tiene bases objetivas sigue derroteros que pueden ser diferentes de los esperados de acuerdo a ciertos indicadores objetivos. De ahí que al observar el progreso del país puedan coexistir logros objetivos con evaluaciones negativas de las personas. **Atender a la subjetividad**

implica prestar oídos a aquello que la gente realmente valora.

Más importante aun, este debate debe reconocer que una de las maneras en que la subjetividad se expresa –el malestar con la sociedad–, y que se ha hecho presente de manera central en la vida pública reciente en Chile y el mundo, más que un problema puede ser un detonante de cambios sociales necesarios, y por ello, canalizado en el marco de las instituciones democráticas, puede

reconocerse como una expresión positiva de la sociedad en búsqueda de hacer del desarrollo un espacio más apropiado y legítimo.

En esta parte se entregan elementos para comprender mejor el surgimiento de la pregunta por el desarrollo y la subjetividad en el contexto actual de Chile y el mundo. Para ello se aporta evidencia empírica básica que permite identificar la tarea y los desafíos que este vínculo representa para el futuro del país.



Capítulo 1

El renovado debate acerca del desarrollo

En todo el mundo, diversos actores han planteado la necesidad de ir más allá de la manera tradicional de concebir el desarrollo, poniendo atención a otras dimensiones además del crecimiento económico. Esto implica afinar los objetivos, los puntos de llegada, el horizonte normativo, incluso las mediciones estadísticas; obliga a asumir en la acción pública aquello que “importa en última instancia” cuando se aspira al desarrollo.

La crítica a la idea tradicional de desarrollo sostiene que las necesidades de las personas, y en general los aspectos deseados y valorados por ellas, no se reducen al crecimiento económico, ni se encuentran automáticamente presentes en sociedades que han alcanzado altos niveles de crecimiento. Se puede tener un elevado ingreso per cápita y todavía subsistir deficiencias en distintos aspectos de la vida de las personas que atañen a sus deseos y aspiraciones. Según

quienes plantean esta crítica, con el crecimiento económico no basta.

No es una preocupación reciente; las críticas a una mirada concentrada en el PIB per cápita como indicador de desarrollo tienen una historia importante. Allí están por ejemplo las reflexiones en torno al “desarrollo sustentable” y su renovado impacto a propósito de las amenazas del cambio climático y el calentamiento global. También el concepto de “desarrollo a escala humana” y en general la preocupación en torno a la calidad de vida. El despliegue del concepto y de las mediciones de Desarrollo Humano, y el esfuerzo representado por los informes mundiales y nacionales sobre la materia, constituyen otra corriente de esta crítica. **La idea del Desarrollo Humano, finalmente, nace con el objetivo de superar una visión exclusivamente económica y monetaria del desarrollo.** En todas estas búsquedas se aspira a incorporar en el debate las visiones de actores distintos de los tradicionalmente representados en las instituciones políticas y económicas dominantes.

Como se dijo, algunas de estas propuestas son antiguas: se remontan a varias décadas atrás. Desde entonces diversas instituciones y académicos e intelectuales han abogado por incluirlas en el debate público, pero solo hoy se aprecian como una bocanada de aire fresco en la discusión sobre los desafíos mundiales. ¿Qué ha cambiado? Ciertamente, lo que ha cambiado son las condiciones de recepción de esos mensajes. Precisamente producto de las diversas crisis en que está inmersa la sociedad mundial es que estas viejas ideas hoy se vuelven urgencias y no meras sugerencias.

Pero, más allá de las coyunturas, está claro que aún queremos desarrollo; esta sigue siendo una palabra con la que se enuncia un horizonte de futuro, una promesa colectiva. Pero, ¿qué desarrollo? ¿Solo PIB? Hoy se aspira a más que eso. Por ello todos estos debates y búsquedas apuntan a tematizar de distintas maneras “lo otro” que hoy importa. Y la búsqueda involucra a todos los países, independientemente de su nivel de desarrollo económico: por primera vez todos se ven igualmente comprometidos (o amenazados)

en la revisión sobre el tipo de progreso o sociedad que necesitan construir.

Para los países de mayores ingresos, repensar el progreso implica asumir que, si se mantiene el actual modelo las generaciones futuras no tendrán garantizados niveles de bienestar semejantes a los que han gozado sus antecesoras. Para los menos avanzados, la pregunta se funda en el reconocimiento de la persistente exclusión que afecta a grandes grupos sociales, en la consideración de que estos grupos registran niveles de malestar ética y socialmente insostenibles, y en el convencimiento de que los cambios requeridos suponen alterar los ejes fundamentales sobre los cuales se organiza la noción misma de progreso y de desarrollo.

Para los países emergentes, como Chile, la necesidad de volver a discutir el desarrollo pasa por dar cabida a las demandas crecientes de las nuevas clases medias (de integración al consumo, de reconocimiento y respeto de la diversidad, de individualización, entre otras), que suponen presiones inéditas a las sociedades donde se despliegan. Muchos de esos desafíos tienen su sede en la subjetividad de estos colectivos que demandan su “derecho a aspirar”, a construir sus vidas a la altura de sus nuevas capacidades, sin que exista en todos los casos la certeza de que el contexto social de oportunidades los acompañe.

Finalmente, para todos los países, la necesidad de esta renovada discusión tiene que ver con la amenaza de la sustentabilidad ambiental y el marco de restricciones futuras que esta podría representar de no tomarse en serio. Esto es así tanto para países desarrollados como en vías

CUADRO 1

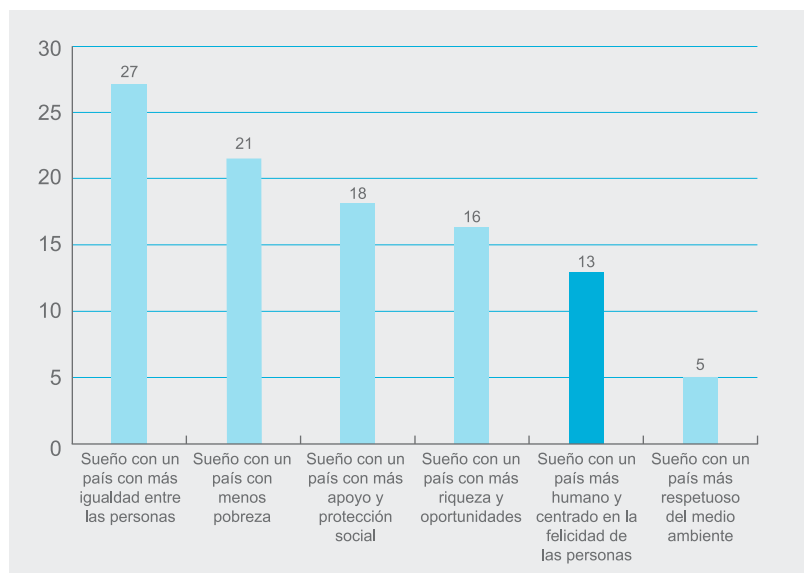
¿Qué tan posible cree usted que, de aquí a diez años más, Chile sea un país desarrollado? (porcentaje)

Muy posible	17,8
Algo posible	43,3
Poco posible	29,1
Nada posible	7,4
NS-NR	2,4
Total	100

Fuente: Encuesta de Desarrollo Humano, PNUD 2011.

GRÁFICO 1

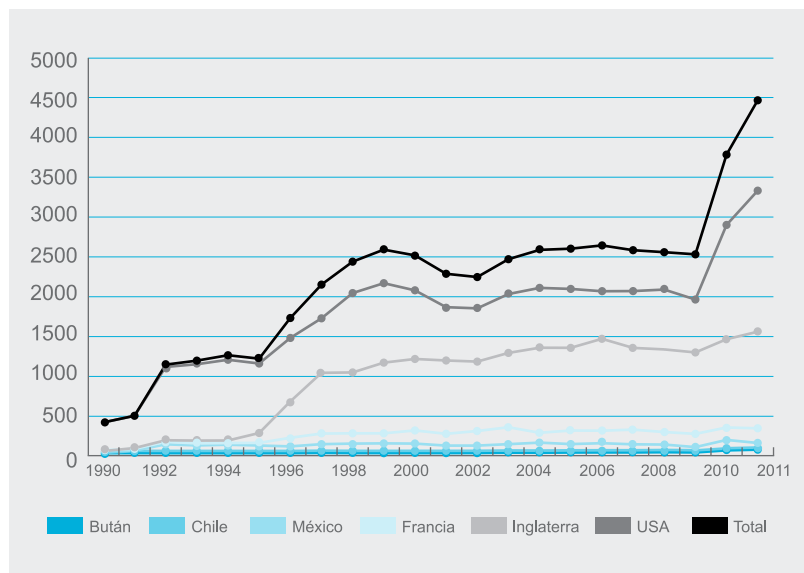
¿Cuál de las siguientes afirmaciones representa mejor lo que usted sueña para el desarrollo de Chile? (primera mención, porcentaje)



Fuente: Encuesta de Desarrollo Humano, PNUD 2011.

GRÁFICO 2

Noticias sobre felicidad y política por países, 1990 - 2011



Fuente: Calvo y Beytía, 2011.

de desarrollo. Desde semánticas, instrumentos y actores distintos, todos coinciden en que la pregunta por el desarrollo o el progreso de las sociedades es una conversación ineludible.

En síntesis: nos encontramos ante una situación clave en relación con el debate del desarrollo, y ante una oportunidad. Las críticas tradicionales al concepto de desarrollo habían estado enmarcadas en el debate académico o en grupos distantes de los centros de poder, pero hoy es

cada vez más una preocupación de gobiernos y organizaciones mundiales.

Ello revela también un aprendizaje relevante: es posible, necesario y deseable definir los contenidos del futuro; no es un acto banal o meramente declarativo. Las crisis recientes (la crisis financiera internacional y las de estabilidad política y social en diversas partes del mundo, entre otras) han mostrado que se requiere sociedad para coordinar los sistemas funcionales (entre ellos la economía), de modo que estos no se automaticen al punto de generar resultados adversos para las vidas de las personas. No queda sino darse a la tarea de repensar el futuro, y hacerlo a la altura de las necesidades y expectativas de la gente. Poner a las personas en el centro de los objetivos del desarrollo se vuelve no solo un imperativo ético-normativo, sino un imperativo funcional para el sistema.

No obstante, el desarrollo sigue siendo un horizonte de interés, al menos para las elites. Un horizonte en función del cual se enuncian promesas y se debate en torno a los modos de alcanzarlo, asumiendo que si bien se ha avanzado se corre el riesgo de quedarnos atrapados a medio camino. Ni aun los más críticos abandonan esa noción; antes bien se acoplan a ella para interpellar a sus paladines o demandar redefiniciones. Las personas en general tampoco abandonan del todo esta aspiración y aún la ven como una meta razonable (el 61% de los respondientes de la Encuesta de Desarrollo Humano 2011 cree que es probable alcanzar el desarrollo en los próximos diez años)(ver Cuadro 1).

La novedad es que hoy la pregunta está abierta. ¿Qué desarrollo? Parece claro que antes de “dar el gran salto” debemos ponernos de acuerdo hacia dónde deseamos avanzar. O, para ser más precisos: la preocupación por la subjetividad de las personas (la pregunta por la felicidad) nos plantea la pregunta acerca de los fines de este proceso: ¿cuál desarrollo? ¿Y para qué lo queremos?

Esta interrogante no tiene por supuesto una respuesta única. Aunque se desea el desarrollo

y se cree en él (al menos como una semántica de las promesas sociales), existen muy diversas imágenes acerca de qué significa y qué debe priorizarse como país para alcanzarlo (ver Gráfico 1).

Armonizar esos diversos “sueños de desarrollo” es parte de la tarea ineludible que la sociedad debe acometer a partir de una deliberación incluyente.

La apuesta por la felicidad

En los últimos años, en diversos foros internacionales, políticos y académicos se ha venido señalando que la búsqueda de la felicidad coincide con el creciente interés por “eso otro que va más allá de lo meramente económico”. La felicidad representaría “aquello que verdaderamente importa”, el fin último de las personas. Por ello, se plantea que debiese ser también el fin último de la sociedad y el horizonte de una visión integral del desarrollo.

La inquietud no se limita a las elites gobernantes o los centros de estudio, es también una preocupación que aparece en la esfera pública. El Gráfico 2 muestra la evolución de las noticias sobre “felicidad y política” en diversos países a partir de 1990, y se puede observar un crecimiento muy importante. En el caso chileno, si bien el nivel absoluto es bastante bajo, su crecimiento relativo es importante: desde dos noticias sobre felicidad en 1990 a un estimado de 62 noticias durante 2011. Así, y aun cuando sigue teniendo una visibilidad insuficiente, se ve que es un tema que ha ido ganando importancia.

Hay que precisar, como se verá en este Informe, la felicidad es solo una de las maneras en que es posible hablar de un tema más general, que es el bienestar subjetivo. Pero es indudable también que se trata de una de las formas más atractivas de nombrarlo, una que captura de manera potente el interés de todos los actores y que seduce de manera especial al lenguaje de la política.

De hecho, el intento por incluir la felicidad en la medición del progreso social y en la orientación del desarrollo y las políticas públicas suscita hoy

importantes adhesiones. Diversos gobiernos se han sumado a las iniciativas para desarrollar mediciones con miras a implementar políticas públicas que ayuden a expandir la satisfacción con la vida de sus ciudadanos. Inglaterra, Francia o China, entre muchos otros, son ejemplos en esa dirección. Chile ha adherido a esta corriente y la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN) 2011 incluyó por primera vez una pregunta sobre el nivel de satisfacción con la vida.

... nuestro gobierno está comprometido con que el país crezca, derrote el subdesarrollo, que logremos hacer crecer la inversión, el empleo, pero no podemos olvidarnos de que lo que realmente importa no es el crecimiento económico, es la felicidad de la familia.

Presidente Sebastián Piñera en el programa de TVN *Buenos Días a Todos*, 1 de abril de 2011

También en las organizaciones internacionales el tema se ha instalado con fuerza en las agendas de trabajo. Tal es el caso, por ejemplo, de la OCDE, la cual ha medido de manera sistemática la felicidad de las poblaciones de sus Estados miembros, promoviendo el debate mundial acerca de la incorporación de la dimensión del bienestar subjetivo en las políticas de desarrollo. Las comisiones regionales también han impulsado este debate. Puede afirmarse entonces que al menos la métrica de la felicidad adquiere centralidad en la conversación.

La acumulación del debate hasta ahora llega a su punto cúlmine con el acuerdo de la Asamblea General de las Naciones Unidas de agosto de

2011, el cual incorpora la búsqueda de la felicidad como parte relevante de “una visión holística del desarrollo”. Dicho acuerdo, impulsado por el reino de Bután, asegura que esta conversación acrecentará su relevancia. Muestra de ello fue la reunión del 2 de abril de 2012 –primera expresión operativa de ese acuerdo– donde la Asamblea General, en sesión especial, discutió ampliamente el tema.

Pero, más allá del entusiasmo generalizado que esta idea despierta, el mero deseo de incorporar la felicidad como finalidad del desarrollo no basta para despejar todas las dudas conceptuales, prácticas e incluso normativas que un desafío de este tipo comporta. ¿Es una finalidad que la sociedad puede legítimamente perseguir o algo que solo concierne a los individuos? ¿Puede además la sociedad garantizar con eficacia la felicidad teniendo en cuenta los múltiples factores, algunos de ellos no controlables socialmente, que intervienen en la conformación de un determinado estado subjetivo? ¿Puede la felicidad ser la finalidad del desarrollo? Son algunas de las preguntas relevantes que este Informe contribuye a responder.

Muchas de ellas tienen por ahora respuestas ambivalentes en el debate público, que evi-

dencian las luces y sombras de la retórica de la felicidad. Expresan también diversas posiciones de los actores públicos: junto a la valoración entusiasta (en Brasil incluso se ha propuesto que sea reconocida como derecho constitucional) es posible encontrar también las dudas y críticas de algunos intelectuales y políticos que ven en esa apelación una promesa difícil de cumplir, o bien una invitación que puede desviar la atención de los problemas estructurales de la sociedad. Incluso su medición levanta algunas suspicacias. Por eso debe tenerse en cuenta que el discurso de la felicidad está permanentemente desafiado.

... Si candidatos y gobernantes hacen creer a las personas que tienen derecho a la felicidad, pronto verán frente a sus comandos, al Congreso y a La Moneda a miles de individuos portando pancartas NO SOY FELIZ y exigiendo la inmediata corrección de la situación de infortunio por la que pasan. Pero ahí están también algunos sociólogos y economistas hablando de felicidad, armando canastas básicas de esta (¡por favor, pongan una reunión semanal en el hipódromo y que Wanderers mejore su posición en la tabla!), midiéndola como si se tratara de la presión arterial, y estableciendo rankings

RECUADRO 1

Extracto de la Resolución 65/309, Asamblea General de las Naciones Unidas

“La felicidad: hacia un enfoque holístico del desarrollo”
25 de agosto de 2011

La Asamblea General, teniendo presentes los propósitos y principios de las Naciones Unidas, enunciados en la Carta de las Naciones Unidas, que incluyen la promoción del adelanto económico y el progreso social de todos los pueblos,

Consciente de que la búsqueda de la felicidad es un objetivo humano fundamental,

Concedora de que la felicidad como objetivo y aspiración universal es la manifestación del espíritu de los Objetivos de Desarrollo del Milenio,

Reconociendo que el indicador del producto interno bruto, por su naturaleza, no fue concebido para reflejar la felicidad

y el bienestar de las personas de un país y no los refleja adecuadamente,

Consciente de que las modalidades insostenibles de producción y consumo pueden obstaculizar el desarrollo sostenible, y reconociendo la necesidad de que se aplique al crecimiento económico un enfoque más inclusivo, equitativo y equilibrado, que promueva el desarrollo sostenible, la erradicación de la pobreza, la felicidad y el bienestar de todos los pueblos,

Reconociendo la necesidad de promover el desarrollo sostenible y cumplir los objetivos del milenio,

1. Invita a los Estados Miembros a que emprendan la elaboración de nuevas medidas que reflejen mejor la importancia de la búsqueda de la felicidad y el bienestar en el desarrollo con miras a que guíen sus políticas públicas...

de felicidad por países. Todos buscamos la felicidad, cualquier cosa que ella sea, y a veces sentimos que se detiene a nuestro lado como una fragante centella, aunque lo peor que podríamos hacer es dejarla en manos de gobernantes, encuestadores y economistas. Hago votos, en consecuencia, para que los actuales movimientos sociales no tengan en mente la felicidad, sino mejores índices de bienestar de la sociedad en que vivimos, porque con eso los gobiernos tienen ya bastante.

(Agustín Squella, "Gobierno y felicidad", *El Mercurio*, 18 de agosto de 2011)

En esas condiciones, no es de extrañar que incluso quienes la proponen como horizonte para el desarrollo se vean en la necesidad de apelar a la evidencia científica para reclamar que la felicidad sea "tomada en serio".

Pero la mayoría de las personas probablemente crea que la felicidad depende del cristal con que se mira, que es una opción individual, algo que cada persona habrá de perseguir individualmente más que asunto de un gobierno. La felicidad pareciera ser algo excesivamente subjetivo, demasiado vago para ser la base de los objetivos de una nación, y mucho menos del contenido de sus políticas. Por cierto, esta ha sido la manera tradicional de entenderla. Sin embargo, la evidencia está transformando esta visión a gran velocidad.

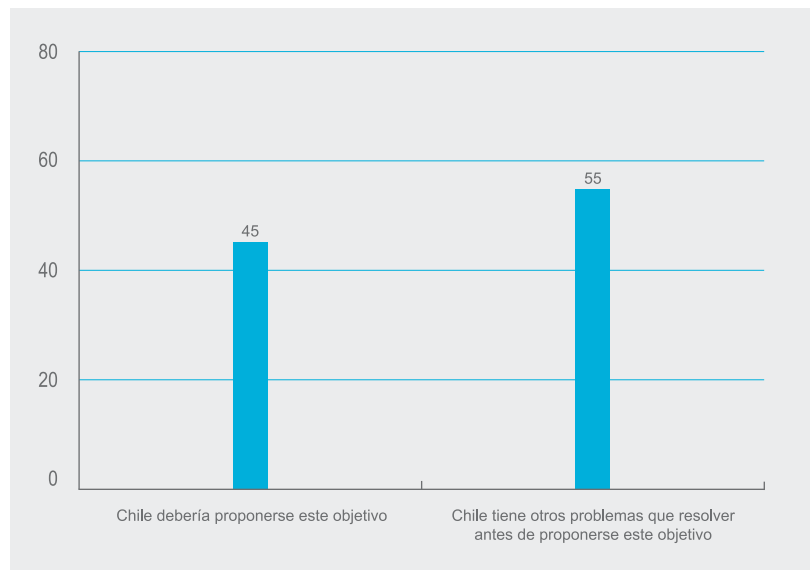
(Helliwell, Layard y Sachs, *World Happiness Report 2012*)

Como se aprecia, el desafío consiste en ser capaces de identificar las implicancias que tiene para una sociedad proponer la felicidad como fin del desarrollo. Es necesario identificar los aspectos valiosos de esta propuesta y enfrentar también sus límites políticos y normativos. El presente Informe servirá de insumo para ese debate.

No obstante, desde el punto de vista de la acción pública es preciso tener en cuenta que en

GRÁFICO 3

Actualmente en algunas partes del mundo se está proponiendo que los países se pongan como objetivo lograr la felicidad de los ciudadanos. Pensando en Chile, usted diría que...



Fuente: Encuesta de Desarrollo Humano, PNUD 2011.

la opinión de las personas la felicidad rivaliza con otros objetivos sociales que muchos ven como prioritarios (ver Gráfico 1 y 3). Por eso, si busca prevalecer y convocar a las mayorías con una promesa valiosa y viable, esta idea tiene que ganarse primero un lugar como un horizonte de sentido para las personas.

En esas condiciones la felicidad como horizonte del desarrollo parece todavía una apuesta ambivalente. Hace un aporte relevante al reorientar la discusión hacia las personas y la búsqueda de "lo realmente importante" como finalidad del desarrollo. Sin embargo, sus significados y connotaciones muchas veces son complejos y no automáticamente traducibles en orientaciones para la acción de la sociedad. **Este Informe sostiene, sobre la base de evidencia empírica, que al pensar en el desarrollo no cualquier idea de felicidad sirve.** Es necesario complementar el foco de análisis convencional y centrar la mirada en la subjetividad considerada de manera amplia e integral. En los capítulos siguientes de esta parte se muestra la presencia de la pregunta por la subjetividad en el debate internacional y nacional como una manera de enmarcar los desafíos que asume este Informe.



Capítulo 2

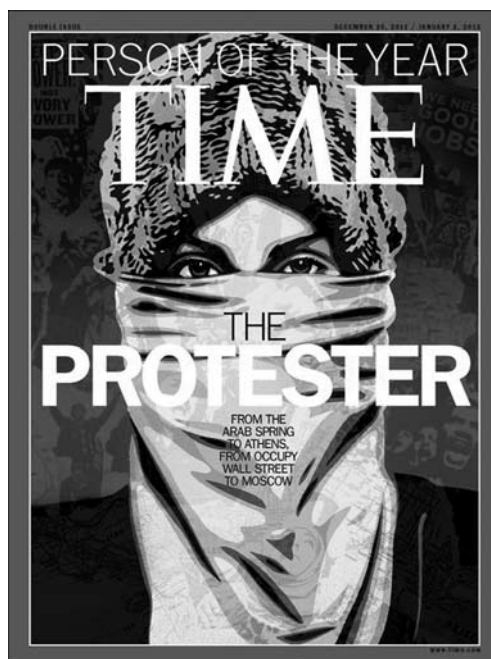
La subjetividad: la inescapable nueva dimensión del desarrollo

El momento de la pregunta

La coyuntura social del año 2011 instaló con mucha fuerza en el debate nacional la pregunta por la subjetividad de las personas, por sus percepciones, por sus estados de ánimo colectivos. A nadie dejó indiferente el creciente número de expresiones de malestar social que a lo largo del año se instalaron en la agenda pública y en las conversaciones de los chilenos y chilenas. ¿Qué

explica las movilizaciones sociales masivas en un contexto de crecimiento económico? ¿De dónde surge ese malestar que se experimenta en la sociedad? ¿Por qué ahora? Y este malestar, ¿a qué apunta? ¿A la sociedad en general? ¿A aspectos específicos? Esas fueron algunas de las preguntas que comenzaron a circular en foros y debates de todo tipo.

Similar coyuntura se apreció durante ese año en diversos países, desde el norte de África a España, pasando por América Latina y Estados Unidos. Más allá de las consecuencias de las movilizaciones –muy variadas en sus causas y en sus portavoces–, lo que todas tenían en común era una subjetividad descontenta que se expresaba en las calles de manera inusitada. Era la eclosión de la “indignación”, que gatilló acciones concertadas de ciudadanos dispuestos a marchar y ocupar las calles con tal de hacer sentir su malestar y expresar sus demandas. No es una anécdota el hecho de que la revista *Time* escogiera como Personaje del Año 2011 no a una persona, como suele hacerlo, sino a una categoría social emergente y gravitante en todo el mundo: *The Protester* (el manifestante).



Este año, en todas partes la gente ha protestado por el fracaso del liderazgo tradicional y la irresponsabilidad de las instituciones. Los políticos no pueden ver más allá de la próxima elección y se rehúsan a tomar decisiones difíciles. Esa es una razón por la cual no seleccionamos a un individuo este año. El liderazgo esta vez ha venido de la base de la pirámide, no de la cima. Por capturar y destacar un sentido mundial de inagotable esperanza, por poner de cabeza a los gobiernos y la sabiduría convencional, por combinar la más antigua de las técnicas con la tecnología más nueva para iluminar la dignidad humana y, finalmente, por conducir el planeta por un camino más democrático, aunque a veces más peligroso, hacia el siglo XXI, el manifestante es el Personaje del Año Time 2011.

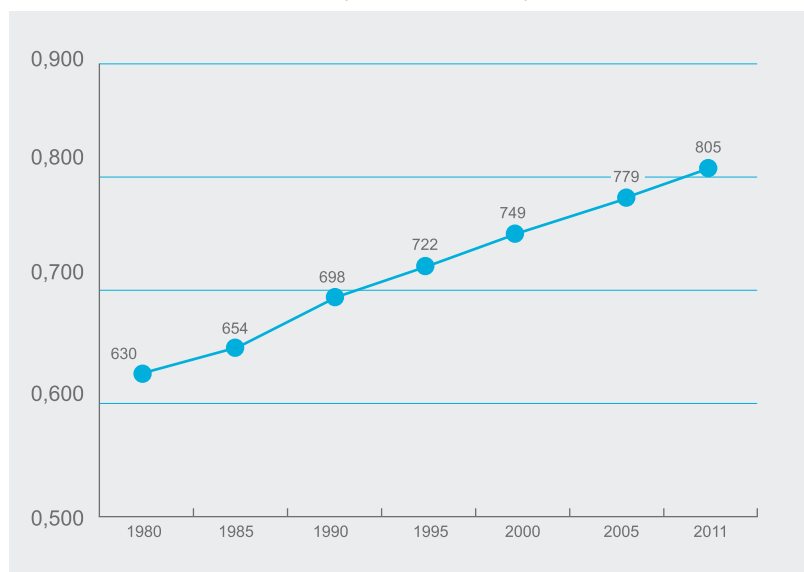
En esas condiciones, los actores públicos y la opinión pública mundial tuvieron necesariamente que prestar oídos a las demandas. Es claro que las coyunturas no surgen del vacío, sino que son el resultado de procesos acumulativos que muchas veces pasan inadvertidos hasta que sus consecuencias se hacen insoslayables. Quizás las sociedades, especialmente sus elites, solo se dan cuenta de la importancia de la subjetividad cuando esta se impone y obliga a prestarle atención.

En Chile, el contexto de 2011 generó un nuevo ambiente de evaluación del desarrollo del país. Se instaló en la conversación de los actores públicos un discurso que da cuenta de evaluaciones ambivalentes sobre la sociedad chilena y su desarrollo. Por un lado, el país presenta muy buenas cifras macroeconómicas, con un crecimiento económico del 6%, muy superior al promedio mundial. Asimismo, la tasa de desempleo cae bajo el 7%, y se observan aumentos considerables en el nivel de inversión y emprendimiento. Estas cifras son consistentes con una evolución positiva del Índice de Desarrollo Humano, que refleja los avances del país en los ámbitos de salud, educación e ingresos. El año 2011, Chile se ubica en el primer lugar de América Latina y el Caribe en Desarrollo Humano y en el 44 del mundo, mostrando un avance sostenido en el tiempo (ver Gráfico 4).

Por el otro, sin embargo, estas cifras se acompañan de un malestar social que sorprende por la radicalidad de sus aspiraciones y por su ubicuidad. En cada hecho social de protesta o manifestaciones –desde los referidos a aspectos micro a los temas macrosociales– se advierte la estructura de una insatisfacción o un malestar social determinado por el modelo de sociedad configurado en los últimos treinta años. En la mayoría de ellos aparece como telón de fondo el fenómeno de la desigualdad.

GRÁFICO 4

Evolución del IDH en Chile 1980-2011 (valores actualizados)



Fuente: Informe Mundial sobre Desarrollo Humano, PNUD 2011.

La desigualdad es un tema central pero no el único. La crítica ciudadana pareció abarcar todas aquellas valoraciones que se habían constituido como base de nuestro desarrollo reciente; lo que hasta ahora servía, y era valorado nacional e in-

ternacionalmente, parece que ya no sirve y ya no se valora: el acuerdo sociopolítico que posibilitó la transición a la democracia, las instituciones económicas que impulsaron el crecimiento y la modernización de la economía, las políticas públicas que permitieron reducir la pobreza, las promesas de movilidad social a través de la educación, los cauces institucionales para la expresión de los malestares y descontentos; parece que todo ello ya no satisface o no está a la altura de las nuevas aspiraciones de los ciudadanos. El desarrollo tampoco parece estarlo, pues la imagen que hasta ahora se tenía de él ya no es satisfactoria (ni siquiera la manera de medirlo). La crítica logró consolidar en la semántica de los actores públicos una percepción de que lo desafiado, y por ello necesario de ser defendido o cambiado, es el modelo de desarrollo en sí (ver Recuadro 2).

Esta percepción se instala también en la opinión pública y se expresa, por ejemplo, en una pérdida de apoyo de aquellas definiciones básicas de lo que constituiría el actual modelo de desarrollo (ver Gráfico 5). Si bien esta tendencia se acentúa

RECUADRO 2

El modelo de desarrollo: el debate en la prensa

"Reconozco tener más preguntas que respuestas. ¿Qué es lo que pide la gente realmente? ¿Más dinero o un nuevo modelo de desarrollo económico, social y político para el país?". **Claudio Orrego**, alcalde de Peñalolén, *La Segunda*, 2 de agosto de 2011.

"No es el fin del modelo. ¿Qué es, entonces? No se puede ignorar que tras las masivas manifestaciones hay un elemento de rechazo a lo que algunos han denominado la excesiva mercantilización de nuestra sociedad. (...) Y es que el modelo, como tantas otras cosas en la vida, tiene una cara amable y otra que no lo es tanto". **Luis Larraín**, Instituto Libertad y Desarrollo, *El Mercurio*, 7 de septiembre de 2011.

"La articulación entre el modelo económico y el modelo de sociedad en construcción genera injusticia, pues se ha hecho predominar (incluso determinar) el primero sobre el segundo". **Alberto Mayol**, sociólogo de la Universidad de Chile, presentación en ENADE 2011.

"Necesitamos aterrizar los datos y dejar de lado los promedios en un país tan desigual como Chile si es que queremos llegar algún día al 'desarrollo' o más bien proporcionar un 'buen vivir' para todos. El diagnóstico de los economistas y el sistema político están siendo superados por la realidad y el malestar ciudadano". **Marco Kremerman**, Fundación Sol, *El Mostrador*, 6 de enero de 2012.

"Vivimos –para decirlo de un modo que no suene amenazador– tiempos turbulentos. 'El modelo', esa entelequia que por largo tiempo nos sirvió para contener nuestras pulsiones y tradiciones, hoy por hoy es derrumbado igual como ocurriera en Irak con la estatua de Hussein, o en las capitales comunistas con las de Lenin y Stalin". **Eugenio Tironi**, sociólogo, *El Mercurio*, 10 de abril de 2012.

"¿Alguien de verdad cree que el modelo está así de mal? Tiene sus críticos, es cierto, pero creo que la visión apocalíptica de Tironi es más un *wishful thinking* que una realidad". **Julio Dittborn**, subsecretario de Hacienda, *El Mercurio*, 11 de abril de 2012.

en 2011, debe recordarse que ya existía. Datos de una encuesta del Centro de Análisis de la Estructura Social de la Universidad de Chile muestran que en 2009 el 65% de los entrevistados a nivel metropolitano apoyaban la idea de cambios profundos o directamente la eliminación del modelo económico actual (ver Cuadro 2).

No hay consenso en la valoración de estos hechos. Según algunos son positivos, pues expresan un logro, la recuperación del protagonismo propio de una sociedad democrática madura; para otros se trataría de algo negativo, ya que amenaza las bases de la gobernabilidad e impide seguir avanzando hacia el desarrollo.

Lo claro es que hoy el “malestar”, tal como se retrataba en el Informe sobre Desarrollo Humano de 1998, *Las paradojas de la modernización*, vuelve a ser la palabra de moda entre las elites. El desafío radica entonces en identificar su actual naturaleza y sus implicancias, y en mostrar por qué la pregunta por el desarrollo es parte de esa misma conversación.

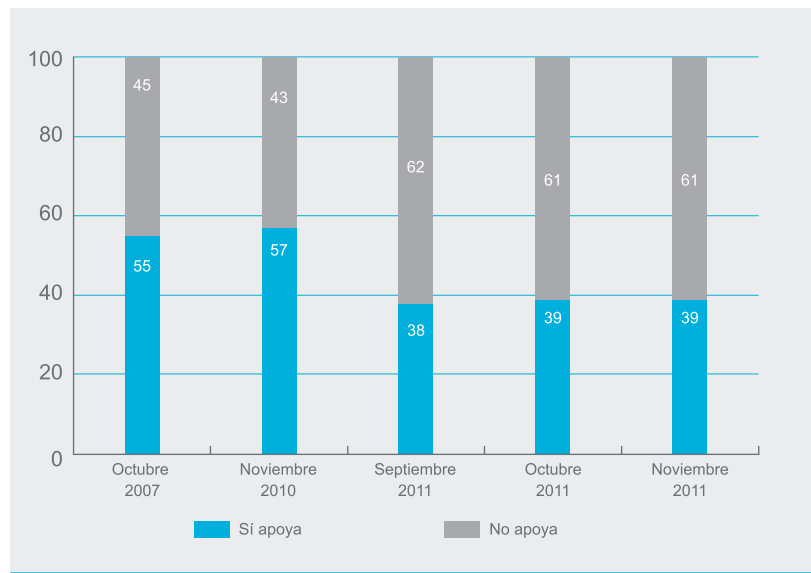
Este desafío supone también establecer las diferencias entre el actual “malestar” y el de 1998. Uno de los resultados centrales de este Informe 2012 es que muestra, precisamente, que si bien la situación de la subjetividad de los chilenos y chilenas tiene elementos de continuidad, el carácter del malestar actual es diferente. A fines de los noventa el malestar era difuso, contenido y no se expresaba socialmente, mientras que ahora es explícito, activo y se expresa colectivamente; esto se aprecia, por ejemplo, en el notable incremento de las manifestaciones sociales durante el año 2011 (ver Gráfico 6).

UNA ELITE DESAFIADA

El contexto de movilizaciones sociales de 2011 representó una sorpresa para la elite. Sorprendió la diversidad de las movilizaciones, sorprendió su capacidad para mantenerse en el tiempo y claramente sorprendió su masividad (según el Barómetro CERC 2011, cerca de un tercio de la población mayor de dieciocho años se habría

GRÁFICO 5

¿Apoya usted el modelo económico existente hoy en Chile, basado en libertad de precios, economía abierta al mundo y empresas privadas más que estatales? (porcentaje)



* Los datos de noviembre son preliminares.

Fuente: Centro de Encuestas de La Tercera, 2007, y Adimark GkF 2010-2011. Tomado de presentación de Roberto Méndez en ENADE 2011.

CUADRO 2

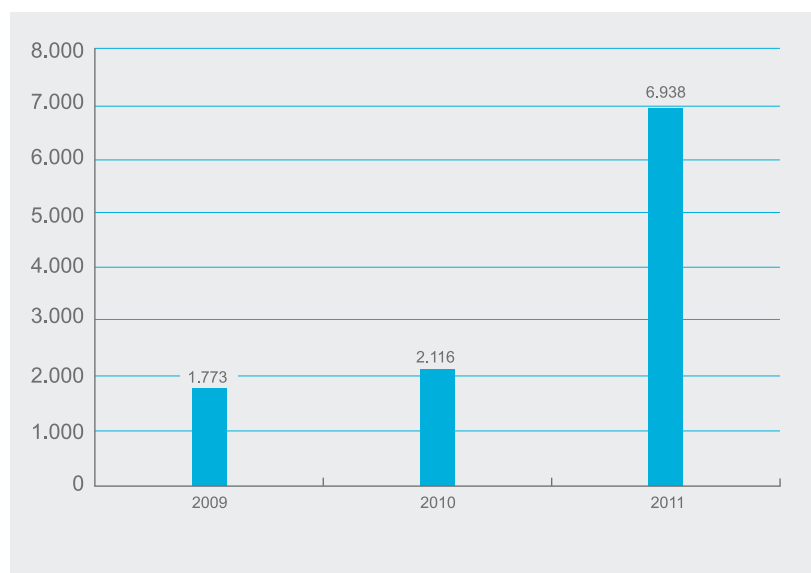
Si usted pudiera hacer algo frente al actual sistema o modelo económico... (porcentaje)

Lo mantendría tal cual está sin ningún cambio	9
Lo mantendría pero haría pequeños ajustes o correcciones	22
Lo mantendría pero haría cambios o correcciones profundas	38
Lo eliminaría y crearía otro sistema completamente nuevo	27
NS-NR	4

Fuente: Encuesta metropolitana del Centro de Análisis de la Estructura Social de la Universidad de Chile, 2009.

GRÁFICO 6

Evolución del total de manifestaciones en Chile, 2009 - 2011



Fuente: Dirección de planificación y desarrollo de Carabineros de Chile.

involucrado directa o indirectamente en ellas). Lo que indica esta sorpresa es que se estaba ante procesos que la sociedad y en particular la elite no estuvieron en condiciones de anticipar, aun cuando existían los diagnósticos que los hacían previsible: había indicios de una sociedad que estaba empoderándose, y una sociedad empoderada es una sociedad con capacidad de movilización.

Parte de las reacciones de la elite al escenario de 2011 se basó en una perspectiva marcada por el temor de que la sociedad chilena pudiera llegar a un escenario de inestabilidad. De hecho, se detecta una posible paradoja: mientras la sociedad ha perdido los miedos, la elite dirigente parece acuñar miedos relevantes.

Veo mucho miedo en la clase política; y políticos asustados es sinónimo de malas políticas para el país.

Roberto Méndez, presidente de Adimark GfK en ENADE 2011.

El mundo político está desafiado y asustado porque ve que los paradigmas que sustentaron el modelo chileno durante tantos años están cuestionados: la democracia representativa, el modelo económico, la política de los acuerdos (...). En el mundo político hay temor de lo que viene hacia delante, de hacer frente a esta sociedad que cambia...

Patricio Melero, diputado UDI.
La Segunda, 29 de noviembre de 2011.

La preocupación por la subjetividad viene de antes

Sería un error pensar que es solo esta coyuntura la que ha puesto sobre la mesa de políticos y analistas la preocupación por la subjetividad. Si bien los hechos de 2011 acentuaron esa preocupación, hace años que está instalada, aunque en un marco más amplio, a saber, el de la conversación acerca del desarrollo y sus finalidades.

Al respecto, resulta paradigmático el caso de la comisión Stiglitz-Sen-Fitoussi. Esta comisión, formada en 2008 a partir de una petición del gobierno francés para mejorar las estadísticas con las cuales se monitorea el desarrollo, buscó generar un debate sobre la manera en que se mide el progreso de las sociedades, tanto en la dimensión económica tradicionalmente considerada como en otros ámbitos de la vida social. Por ejemplo, además de abordar el tema de la sustentabilidad ambiental del desarrollo, agrega una sección específica en torno a la calidad de vida y a los aspectos que mide el desarrollo actual pero que no se relacionan con la producción económica. Plantea que tanto la dimensión objetiva como la subjetiva del bienestar son importantes. Y que una de las finalidades de

los indicadores de bienestar debe ser la evaluación que hacen las personas de sus vidas, de sus experiencias y de sus prioridades. En otras palabras, reafirma la idea de que la satisfacción con la vida de las personas es un aspecto central para el desarrollo.

Recomendación N° 10: Las mediciones del bienestar, tanto objetivo como subjetivo, proporcionan informaciones esenciales sobre la calidad de vida. Los institutos estadísticos deberían integrar en sus encuestas preguntas cuyo objetivo sea conocer la evaluación que cada uno hace de su vida, de sus experiencias y de sus prioridades (...). La investigación ha demostrado que era posible recopilar datos significativos y fiables tanto sobre el bienestar subjetivo como sobre el bienestar objetivo. El bienestar subjetivo comprende diferentes aspectos (evaluación cognitiva de la vida, felicidad, satisfacción, emociones positivas como la alegría y el orgullo, emociones negativas como el sufrimiento y el nerviosismo): cada uno de estos aspectos debería ser objeto de una medida

**distinta, con el fin de obtener, a partir de ello,
una apreciación global de la vida de
las personas.**

Comisión Stiglitz-Sen-Fitoussi, 2009.

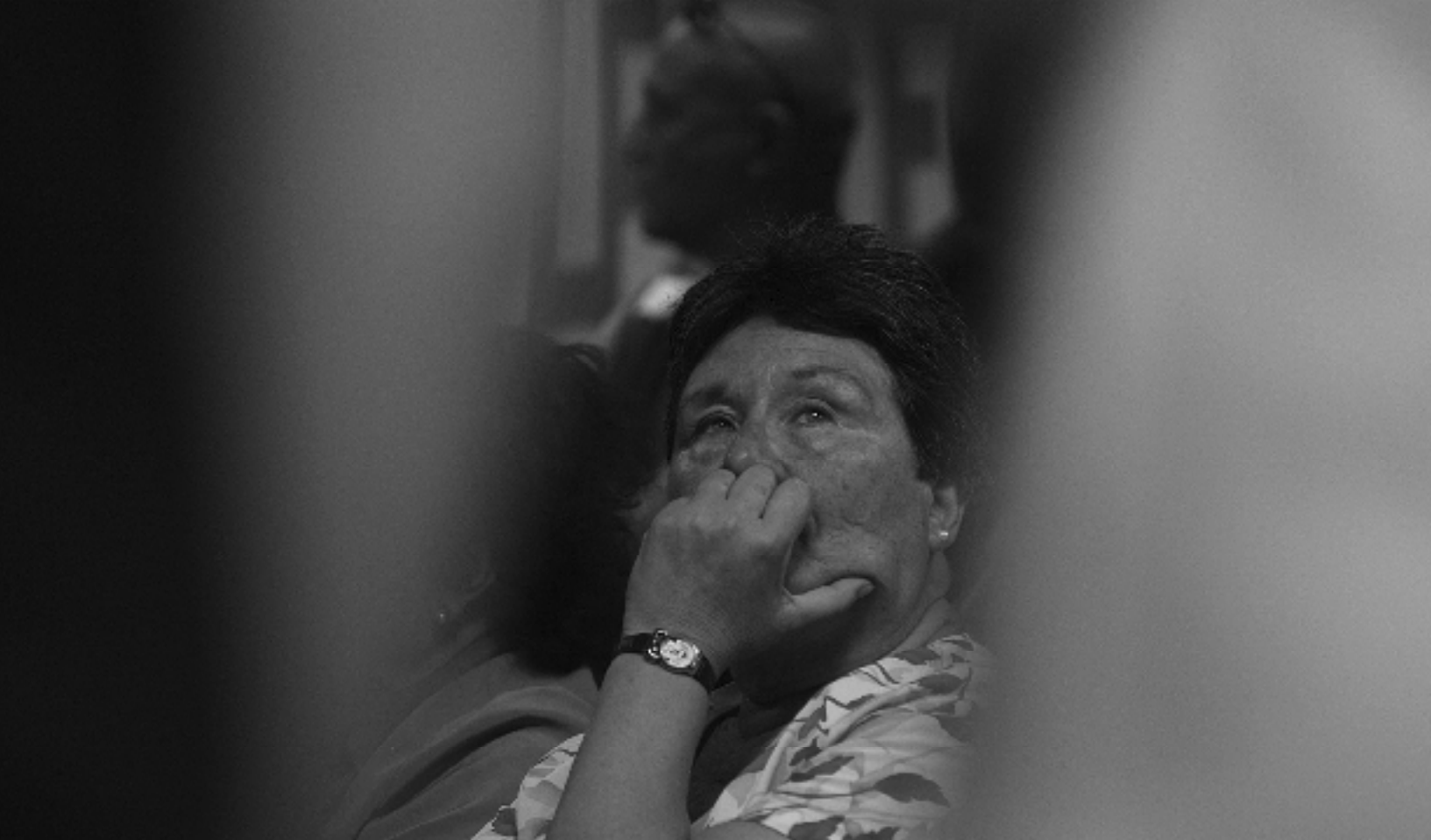
En ese mismo sentido, la incorporación en el debate latinoamericano de la preocupación por la cohesión social implicó destacar teórica y empíricamente los aspectos subjetivos del desarrollo. Los análisis de la CEPAL o la encuesta EcoSocial son ejemplos de la intención de posicionar tópicos tales como el sentido de pertenencia, el capital social, las redes de solidaridad o las expectativas de movilidad social con el objetivo de indagar en otros aspectos que pueden aportar sustentabilidad social al desarrollo (ver CEPAL, 2007, y Valenzuela, 2008).

En Chile, la preocupación por la subjetividad ha estado presente en el esfuerzo sostenido que se ha realizado en el PNUD por reflexionar sobre el desarrollo. Desde sus inicios, el objetivo analítico de los Informes sobre Desarrollo Humano en Chile ha sido comprender las tensiones entre los sistemas funcionales (la economía y el sistema político, entre otros) y la subjetividad.

Esta meta se sustenta en la convicción de que se requiere construir un modelo de desarrollo que atienda a las demandas de las personas, incluidos sus miedos y aspiraciones, además de los aspectos sociales de esta búsqueda, tales como la pregunta por el vínculo social y por las maneras de construir capacidades de acción colectiva para encauzar los procesos sociales.

No es arriesgado predecir que en el futuro la preocupación por los aspectos subjetivos del desarrollo se acrecentará. Se trata de procesos de largo aliento, que van paulatina y silenciosamente transformando el núcleo de las relaciones sociales y determinando sus desafíos actuales y futuros. En ese contexto, si bien continúan siendo importantes las variables estrictamente técnicas o económicas, por sí solas pierden poder explicativo. **Los criterios de eficiencia y de equilibrio entre los sistemas funcionales deben acompañarse ahora de consideraciones propias de la subjetividad de las personas.**

Por todo lo anterior, es necesario que los discursos políticos recuperen esta dimensión en sus empeños.



Capítulo 3

La “paradójica” subjetividad de chilenos y chilenas

Al examinar la situación actual de la subjetividad en Chile el diagnóstico general aparece con claridad: ha aumentado la satisfacción de los chilenos con sus vidas personales y al mismo tiempo, se ha incrementado el malestar de las personas con la sociedad. En este capítulo se describe en grandes líneas esta aparente paradoja para comprender los procesos que la hacen posible. Asimismo se afirma la relevancia de profundizar en su comprensión y los riesgos de una mala interpretación o, peor, de ignorarla o desestimarla.

La medición del bienestar subjetivo tiene sus complejidades. Son variadas las alternativas disponibles, cada una con sus características, potencialidades y riesgos. Aquí se analiza el estado actual de la subjetividad en Chile a partir de las mediciones más utilizadas, sin entrar por ahora en la discusión del método, lo que se hará en la Parte 4.

La satisfacción con la vida personal aumenta en el tiempo

Un primer examen del bienestar subjetivo en Chile evidencia que en términos generales las personas se manifiestan mayoritariamente satisfechas con sus vidas y, consultadas directamente, responden aludiendo a niveles altos de felicidad personal. Un 53% declara estar bastante feliz y un 26% declara estar muy feliz con sus vidas (ver Cuadro 3).

El análisis de la trayectoria del bienestar subjetivo en Chile también evidencia un panorama interesante.

Por una parte, los datos seriados de la Encuesta CEP muestran que la satisfacción general con la vida personal en Chile es hoy significativamente mayor que la que se apreciaba durante la década de los noventa. Entre 1990 y 1998 se aprecia un porcentaje de personas que se declaran “satisfechas” y “muy satisfechas” con sus vidas que se mantiene en torno al 60%. En 2011, en cambio, se observa un alza significativa, llegando a registrarse un 77% de personas en el polo de la satisfacción personal.

Por otra parte, la serie de datos construida a partir del Estudio Mundial de Valores y complementada para el último año con la Encuesta PNUD 2011 muestra un panorama coherente con el anterior. La pregunta es diferente; se refiere esta vez a la evolución del promedio de la satisfacción general con la vida (en una escala continua de uno a diez; ver Gráfico 7). Ahí se observa que entre 1990 (año en que se registra un valor particularmente alto) y 2011 hay una disminución estadísticamente significativa en la satisfacción con la vida y que esta disminución se produjo fundamentalmente a principios de los años noventa. Entre 1996 y 2011 hay un aumento considerable que ocurrió sobre todo a fines de los noventa. Durante la última década no ha habido cambios estadísticamente significativos. A partir de esos datos es posible afirmar que, **vista en una temporalidad de mediano a largo plazo, la satisfacción con la vida ha aumentado.**

¿Cómo se compara este nivel de satisfacción general con la vida en el contexto internacional? Las comparaciones internacionales hasta ahora publicadas muestran que, en términos agregados, Chile se ubica en una posición intermedia tanto si se le compara con una muestra amplia de países (en fuentes como el Estudio Mundial de Valores y la Encuesta Gallup) como con un grupo seleccionado de países (como los pertenecientes a la OCDE o los latinoamericanos). En la mayoría de esas comparaciones Chile aparece como un país de logros intermedios en bienestar subjetivo.

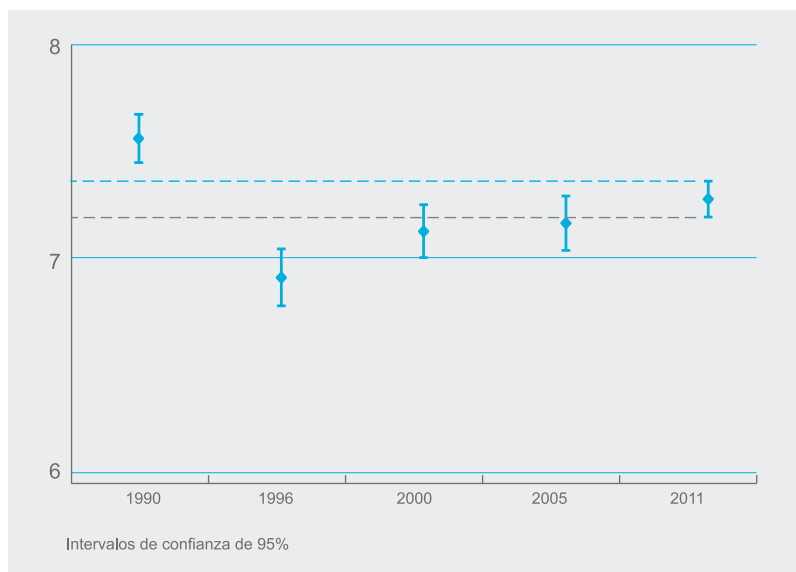
Las comparaciones ofrecen imágenes a primera vista sorprendentes: muchos países de menor nivel de desarrollo económico, especialmente

CUADRO 3
Felicidad autorreportada (porcentaje)
En general, usted diría que es...

Muy feliz	26,2
Bastante feliz	52,7
No muy feliz	19,5
Nada feliz	1,3
NS-NR	0,3

Fuente: Encuesta de Desarrollo Humano, PNUD 2011.

GRÁFICO 7
Satisfacción con la vida, Chile, evolución 1990 - 2011



Nota: Cuando el corchete se ubica sobre las líneas punteadas quiere decir que no hay diferencias estadísticamente significativas en el valor promedio de satisfacción vital (medido de uno a diez) del año evaluado respecto del año 2011.

Fuente: Estudio Mundial de Valores 1990-2005 y Encuesta de Desarrollo Humano, PNUD 2011.

latinoamericanos, superan a Chile en su situación general de satisfacción vital. Es lo que corrobora el reciente *Informe mundial sobre la felicidad* publicado por la Universidad de Columbia y presentado en la sesión especial sobre el tema organizada por la Asamblea General de las Naciones Unidas (2 de abril de 2012). Allí se muestra, a partir de la información de la Encuesta Gallup, que, en función del promedio de satisfacción con la vida, Chile ocupa el lugar 55 entre 156 países, y el 16 en América Latina (posición que contrasta con el primer lugar que Chile tiene en materia de desarrollo humano medido por el IDH).

En ese mismo *Informe mundial sobre la felicidad 2012*, Chile destaca también por sus contrastes. Si se le compara internacionalmente sobre la

base de la “escala de afectos negativos” (aquella que mide la frecuencia con que las personas experimentan sentimientos negativos –como preocupación, enojo, tristeza– en la vida cotidiana), Chile ocupa el lugar 134 entre 156 países, mostrando una muy alta incidencia de ese tipo de sentimientos entre la población. Esto contrasta fuertemente con el lugar 41 que ocupa si se le clasifica por la frecuencia con que se experimentan sentimientos positivos tales como felicidad, risa o placer (Helliwell, Layard y Sachs, *World Happiness Report 2012*). Los chilenos manifiestan, al mismo tiempo, bastante felicidad pero también mucha infelicidad. Todos estos resultados obligan a un análisis más detenido, a matizar conclusiones y reparar en los claroscuros del bienestar subjetivo en Chile.

El malestar con la sociedad es persistente en el tiempo

En contraste con la vida personal, hay un ámbito donde la subjetividad de los chilenos y las chilenas se carga de negatividad: la evaluación de la sociedad.

Los indicadores son múltiples y bastante claros. Diferentes encuestas seriadas (CERC, Latino-barómetro, CEP y la serie PNUD) evidencian que los chilenos tienen una visión predominantemente crítica de la sociedad, sea que se evalúe en relación con las instituciones sociales, el sistema político, el modelo económico o incluso las relaciones cotidianas. Se observa negativamente la desigualdad social, la concentración del poder, la representatividad de las instituciones democráticas, la preocupación de las elites por los intereses de los ciudadanos, la discriminación y desconfianza predominantes en las relaciones sociales, entre otros aspectos. En síntesis, **los chilenos en su gran mayoría no confían en las instituciones de la sociedad**. La Encuesta PNUD 2011 corrobora una vez más este hecho. Prácticamente todas las instituciones por las que se consulta muestran niveles de confianza muy escasos. Y es una desconfianza generalizada: ocu-

rre en todos los ámbitos y afecta prácticamente a todos los actores (ver Parte 4).

Los únicos dos actores en los que los chilenos depositan una confianza mayoritaria son los medios de comunicación (53%, “algo y mucha confianza”) y las organizaciones sociales y ciudadanas (51%). En otras palabras, podría decirse que solo muestran mayor confianza en ellos mismos y en quienes pueden ser vistos como sus aliados para la denuncia de los poderosos y la expresión de sus demandas.

Los eventos del último año –diversos movimientos de protesta social– exacerbaron estas evaluaciones negativas en todos los ámbitos. Las mediciones disponibles así lo corroboran. Por cierto que no es solo un fenómeno chileno; la mayoría de los países de la región comparte buena parte de esta descripción (ver Latino-barómetro 2011). Pero si bien es claro y consistente el impacto del último año en las evaluaciones negativas acerca de Chile, no se puede desconocer que el malestar social no comienza el 2011 sino que tiene una larga presencia en la subjetividad de los chilenos y chilenas.

Dos ejemplos. En la serie larga del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC) se aprecia que la evaluación del presente económico y político del país entre 1995 y 2011 nunca tuvo resultados mayoritariamente positivos (en el mejor de los casos, en octubre de 2009, se alcanzó un 31% de evaluaciones positivas). Asimismo la confianza en las instituciones se debilita de manera sistemática a lo largo de las últimas dos décadas (ver Cuadro 4).

En segundo lugar, la serie histórica del IPEC (Índice de Percepción de la Economía) calculado por Adimark-GFK, muestra cómo después de la crisis asiática la confianza de los consumidores nunca volvió a los rangos previos a la crisis. Resulta ilustrativo que los chilenos parecen haber “aprendido” a desconfiar del sistema económico a partir de esos eventos que impactaron sus vidas cotidianas, y a volverse cuidadosos no solo con sus conductas de gasto sino también con sus expectativas.

Valgan ambos ejemplos para reafirmar que el malestar con la sociedad no es solo coyuntural, sino de larga data, y que por lo tanto también puede entenderse como un modo de relación de los ciudadanos con la sociedad.

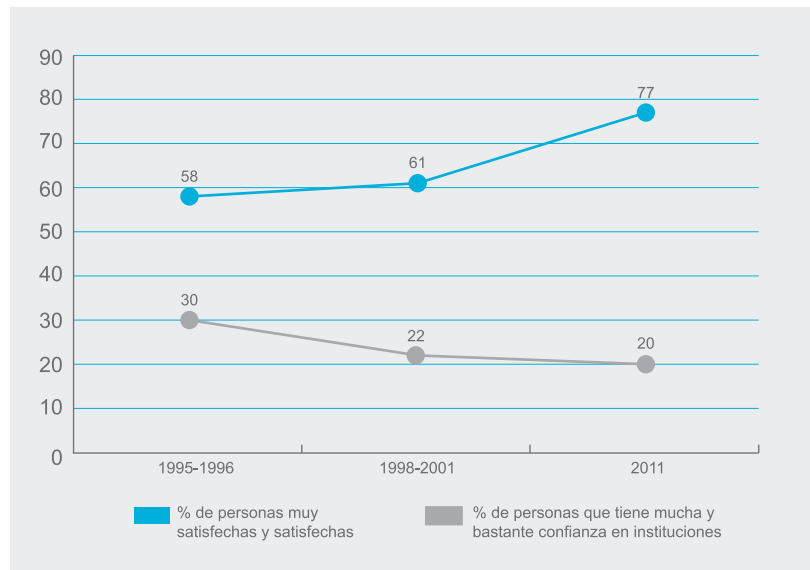
Integrando las miradas, la de la satisfacción individual con la vida y la del malestar con la sociedad, es posible dar cuenta de los movimientos de la subjetividad en Chile en los últimos años. Efectivamente, si se agregan las dos trayectorias descritas (aumento de la satisfacción personal desde valores relativamente altos, con reducción de la confianza en las instituciones desde valores que ya eran bajos), se destaca que la paradoja no corresponde únicamente a una situación final con evaluaciones muy distintas, sino también a trayectorias muy diferentes: **la subjetividad personal no solo es positiva, sino que mejora; la subjetividad en relación con las instituciones de la sociedad no solo es negativa, sino que empeora** (ver Gráfico 8).

CUADRO 4
Confianza en instituciones, CERC (mucho y bastante confianza, porcentaje)

	1996	2001	2006	2011
Iglesia católica	60	52	47	39
Grandes empresas	52	37	-	23
Gobierno	35	36	-	23
Poder Judicial	25	22	18	19
Cámara de Diputados	26	12	21	17
Senado	27	12	22	17
Partidos políticos	14	10	12	9

Fuente: CERC, varios años.

GRÁFICO 8
Evolución de la satisfacción vital y la confianza en instituciones (porcentaje)



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de las series CEP y CERC.

El análisis arroja una conclusión de vital importancia para el argumento general de este Informe: la subjetividad no se puede analizar como si operara en una sola dimensión. Hay al menos dos espacios de evaluación, al interior de los cuales las personas no se mueven necesariamente de manera consistente: uno corresponde a los aspectos personales de la subjetividad –aquellos directamente asociados con la satisfacción de la vida y la felicidad– y el otro al vínculo con el mundo social, esto es, la subjetividad en relación al contexto. En teoría ambas dimensiones podrían ser consistentes, pero en los hechos se ve que en Chile hoy no lo son. Si el análisis solo atiende a una de estas dimensiones, necesariamente se verá limitado. El desarrollo del país debe considerar la subjetividad de manera integral.

¿Qué hay detrás de la coexistencia de la satisfacción personal con el malestar con la sociedad?

Esta separación entre el ámbito personal y social no es algo inmediatamente evidente o esperable. En el discurso de sentido común la gente tiende a moverse entre esos espacios de manera indistinta buscando en ocasiones intuitivamente una coherencia entre ambos: si las personas están felices, entonces deberían estar satisfechas con la sociedad; si las personas están insatisfechas con la sociedad, deberían experimentar un malestar personal importante. La expectativa habitual es que ambos aspectos estén correlacionados. Pero los datos muestran que eso no es necesariamente así.

Si bien la comprensión del fenómeno puede ser desafiante, dos elementos de la situación actual arrojan pistas en este tema. Uno es el tipo de felicidad que las personas valoran. Al examinar la Encuesta de Desarrollo Humano 2011, se observa que en términos generales la felicidad a la cual se refieren los chilenos se focaliza en el ámbito íntimo y personal (ver Cuadro 5). Cuando se les pregunta qué constituye una vida feliz, las opciones mayormente señaladas se refieren a llevar una

vida tranquila (36%) y a que los seres queridos se encuentren bien (27%). Es una concepción hogareña e íntima de la felicidad. Contento, serenidad, parecen ser los elementos centrales de una concepción de la felicidad que se reduce al ámbito de las relaciones interpersonales, pero no de cualquier relación interpersonal –solo el 9% elige “compartir la vida con otros” como un aspecto relevante– sino de las relaciones interpersonales estrechas y significativas, especialmente la familia. La Parte 2 de este Informe ahondará en la descripción de los referentes de felicidad y sus implicancias.

Una segunda pista es el contraste entre las lógicas de acción que las personas pueden desplegar en relación con el ámbito personal versus las que pueden desplegar en el ámbito social: la capacidad que tienen los individuos de moldear uno y otro espacio es radicalmente diferente.

Efectivamente, hay una diferencia en las prácticas de resolución de problemas. La satisfacción que las personas mencionan en relación con su vida personal no implica que no existan tensiones, algunas de ellas muy relevantes. Pero se puede observar que las personas se hacen cargo de ellas, buscan soluciones y las encuentran (“la gente se las arregla para ser feliz”). Las diversas prácticas sobre la felicidad que el Informe detallará en la Parte 6 son una muestra de ello. Esta capacidad de acción sobre la realidad personal, de incidir, no se aplica de la misma manera al contexto social. En vez de la capacidad de cambio y de resolución de problemas, lo que se observa es más bien la persistencia de los problemas y tensiones. Las personas renunciarían entonces a “moldear lo social” y se abocarían a moldear sus propias vidas. Por ello parece lógico que en la opinión de la gente haya una asignación de responsabilidad que es distinta y que permite a su vez diferenciar ambos planos.

La felicidad, en opinión de las personas, es una responsabilidad individual: “Yo soy quien

CUADRO 5

Pensando en lo que para usted es una vida feliz y asumiendo que todas estas alternativas pueden ser importantes para usted, ¿qué es lo más importante para tener una vida feliz? (porcentaje)

Disfrutar los placeres de la vida	5,7
Realizar los objetivos y metas de vida	16,2
Que la gente que uno quiere tenga una buena vida	26,8
Vivir tranquilo y sin mayores sobresaltos	35,7
Compartir la vida con las demás personas	8,8
Tener una vida con sentido trascendente	6,1
Ninguna	0,4
NS-NR	0,3

Fuente: Encuesta de Desarrollo Humano, PNUD 2011.

CUADRO 6

En su opinión, ¿alcanzar la felicidad depende principalmente de...? (porcentaje)

La suerte que uno tenga	10,9
Lo que uno mismo haga	73,1
Las oportunidades que da la sociedad	15,0
NS-NR	1,0

Fuente: Encuesta de Desarrollo Humano, PNUD 2011.

se hace cargo de mi felicidad, nadie más”. La sociedad poco o nada tendría que ver. De hecho, un 73% de las personas opina que la felicidad depende de lo que uno mismo haga y que es alcanzable con independencia del contexto social (ver Cuadro 6). El 78% apoya la idea de que, más allá de las oportunidades, ser feliz depende solo de uno (ver Cuadro 7).

Esta percepción individualizante es plenamente coherente con la mencionada visión doméstica de la felicidad: si yo soy responsable de mi felicidad, entonces esta tiene que ver con dimensiones íntimas de la vida personal. La sociedad no sería vista como un actor relevante en esta materia. Esta suerte de privatización de la felicidad entraña un peligro que debe ser analizado: la búsqueda de este tipo de felicidad puede ser el resultado de la percepción de impotencia frente a la sociedad.

Este hecho podría ser considerado una expresión de la “diversidad disociada” que, según el *Informe sobre Desarrollo Humano 2002*, ya entonces caracterizaba las relaciones sociales en Chile: aquel diagnóstico se refería al hecho de que las personas desplegaban sus vidas cotidianas muchas veces retrayéndose de lo social hacia los espacios más protegidos de la vida familiar.

Esa misma disociación entre la lógica individual y la social fue descrita en el IDH 2004 a propósito del poder. Se constataba una diferencia entre el poder personal como capacidad de llevar adelante proyectos personales y la mirada relativa al poder social como un espacio distante al cual los individuos no tenían acceso. Dicho Informe mostró una sociedad con abundantes proyectos individuales pero con ausencia de proyectos colectivos;

¡Pero la sociedad sí importa!

La disociación que harían las personas entre la construcción de sus vidas y el curso de la sociedad conlleva un gran riesgo para la construcción del desarrollo, a saber, la cristalización

CUADRO 7

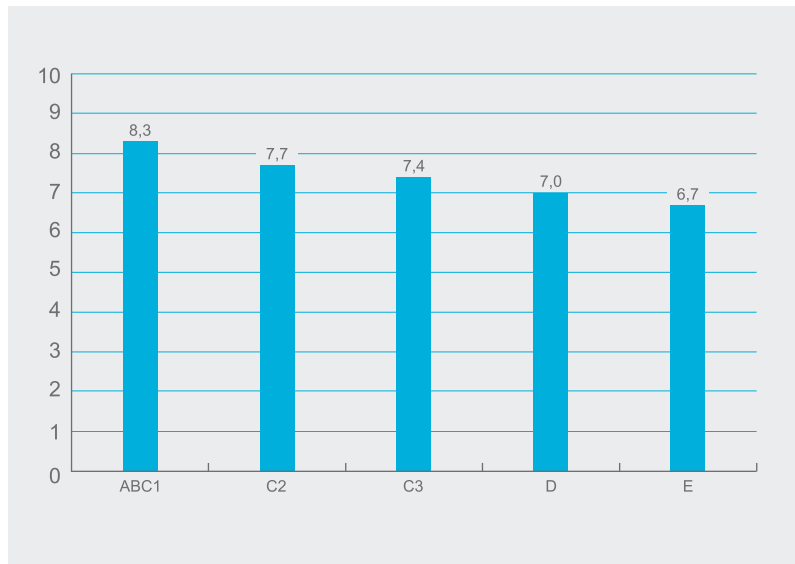
¿Cuál de las siguientes frases lo representa mejor en relación a cómo es posible ser feliz? (porcentaje)

Es difícil ser feliz si la sociedad no te da las oportunidades	19,9
Más allá de las oportunidades, ser feliz depende solo de uno	77,9
NS-NR	2,2

Fuente: Encuesta de Desarrollo Humano, PNUD 2011.

GRÁFICO 9

Escala de satisfacción vital, según GSE (de 1 a 10) (porcentaje)



Fuente: Encuesta de Desarrollo Humano, PNUD 2011.

donde se veía que era posible mejorar la vida en el ámbito individual, pero se encontraban fuertes obstáculos para cambiar los aspectos negativos de la sociedad (concentración del poder, falta de integración y falta de sintonía entre las elites y los ciudadanos, entre otros). Esta referencia sirve además para volver a enfatizar que la situación observada no es reciente sino más bien un resultado de los procesos y de las experiencias de las personas a lo largo de por lo menos toda la primera década del nuevo siglo, lo que indica la profundidad y relevancia del fenómeno.

de la idea de que la sociedad no importa para ser feliz, y que en consecuencia es posible ser feliz sin ella e incluso a pesar de ella. Sin embargo, si bien esa visión puede ser parte

del discurso de las personas y de las industrias que promueven la felicidad como horizonte de deseabilidad social, está lejos de ser una realidad empírica. **La sociedad sí importa al momento de construir la satisfacción con la vida.** Ejemplo de ello es la relación observada entre los promedios de satisfacción general con la vida y el comportamiento de categorías sociales clásicas, como el nivel socioeconómico (ver Gráfico 9).

Esa constatación tiene una consecuencia relevante: si la sociedad importa, entonces el bienestar subjetivo de las personas sí puede ser un ámbito de trabajo para el desarrollo. Sería entonces posible y necesario abordar la construcción de las condiciones sociales que permitan a todas las personas orientarse hacia su satisfacción personal; en otras palabras, que la sociedad intencione sus recursos para apoyar a las personas en alcanzar ese objetivo. Por ello, el bienestar subjetivo es un trabajo para la política.

El estado general de la subjetividad que se ha descrito aquí muestra, con claridad, que no es posible reducir el bienestar subjetivo al bienestar individual, es necesario incluir la mirada acerca de la sociedad. De no hacerlo, se seguiría dejando fuera dimensiones relevantes y no sería extraño que en el futuro la sociedad nuevamente nos sorprendiera. **Se pueden alcanzar altos niveles de satisfacción individual y aun así, o tal vez precisamente por eso, puede existir una fuerte crítica al contexto social.** Para entenderlo hay que conocer los determinantes de la satisfacción individual, pero también de la satisfacción con la sociedad. Este parece ser un aspecto aún no suficientemente abordado en el debate internacional (el informe de la Comisión Stiglitz-Sen-Fitoussi no plantea medir la subjetividad en relación con la sociedad. El *Informe mundial sobre felicidad 2012* sí lo hace pero solo en tanto determinante del bienestar subjetivo individual). Preocuparse parcialmente de la subjetividad no resuelve los dilemas del desarrollo; toda la subjetividad importa.

Al mismo tiempo este Informe muestra que, más allá de la visión predominante en la opinión de

la gente, la felicidad o el bienestar subjetivo no es un asunto meramente entregado a la acción individual; es un objetivo que tiene condicionantes sociales que lo hacen más o menos alcanzable para el conjunto de las personas. Por ello, debe ser incorporada como parte de la acción intencional de la sociedad, a través de la acción política, tanto para acoger sus miedos como para construir los escenarios en los cuales concretar sus sueños. Es tarea de la sociedad encontrar los mecanismos sociales que hagan posible lograr esos objetivos, y este Informe pretende contribuir en esa dirección.

Es tarea de la política, dije, y una de sus tareas más nobles, acoger los deseos y los malestares, las ansiedades y las dudas de la gente, e incorporar sus vivencias al discurso público. Así, dando cabida a la subjetividad, la política da la oportunidad al ciudadano de reconocer su experiencia cotidiana como parte de la vida en sociedad. Pues bien, ¿qué ha hecho la política por nombrar e interpretar lo que nos pasa? Poco. Por eso la llamada "crisis de representación". La brecha que se abre entre sociedad y política tiene que ver con las dificultades de acoger y procesar la subjetividad.

(Norbert Lechner, 2006: 479)

Enfrentados a esa tarea, es vital que la sociedad, especialmente sus elites, haga un diagnóstico acertado de la situación. En relación con ello, tres situaciones pueden resultar particularmente problemáticas:

- *Pensar que todo está mal.* Eliminar del diagnóstico la felicidad de las personas, pensando que estamos ante un malestar generalizado que abarca también la vida personal. Sin duda, muchas personas están insatisfechas con su vida personal, pero ese no es el principal móvil del malestar en Chile. Pensar que las personas se movilizan desde la insatisfacción con sus vidas equivaldría a obviar un hecho fundamental: hoy el malestar social coexiste con valoraciones positivas sobre la propia vida. Por eso es plausible pensar que el optimismo que genera la sensación de avance

personal (de haber conseguido una situación caracterizada como feliz), vuelve complejo soportar una institucionalidad débil o ineficaz que limite la expansión de los avances ya alcanzados.

- *Pensar que todo está bien, desestimar el malestar.* Minimizar el malestar pensando en la existencia de personas felices: el malestar no sería tal, o sería algo limitado a aspectos muy específicos, dado que las personas son felices. ¿Cómo podría haber malestar con el modelo económico o de desarrollo si las personas están satisfechas con sus vidas? Ello olvida algo central. En primer lugar, olvida que la satisfacción con la vida está desigualmente distribuida. En segundo lugar, olvida que para las personas la responsabilidad de su felicidad no tiene que ver con el modelo, con la sociedad, sino con ellas mismas. Es perfectamente coherente criticar a la sociedad

y estar bien con uno mismo, dado que en la percepción de la gente eso corresponde a esferas distintas, con responsables distintos –“de mi felicidad yo me encargo, y de hecho me encargué exitosamente”–; pero eso es muy distinto a plantear que la sociedad funciona bien o sin tensiones.

- *Desperdiciar el potencial transformador del malestar.* Porque implica perder las energías y las capacidades existentes en las personas. La capacidad de expresión del malestar, de reaccionar frente a él, de buscar solución, de organización social, la capacidad de aprendizaje organizacional, son logros y adquisiciones de la sociedad chilena. **Observar la potencialidad de la situación actual de la subjetividad y pensar que es ante esas situaciones que se pueden generar cambios positivos para la sociedad, ese es uno de los desafíos del presente.**

El aporte que hace el Informe: plan del libro

Constatado el campo más general que debe cubrir su análisis, el Informe dará cuenta del modo en que los distintos grupos sociales viven esta subjetividad integralmente considerada. Para ello se describirán los significados que tiene para cada uno la búsqueda de la satisfacción personal, y qué centralidad le asignan en sus vidas. Se analizará con diversas técnicas cuáles son las dimensiones y condicionantes más directamente asociadas a un mayor bienestar subjetivo, así como las asociadas a un menor malestar con la sociedad. Se describirán las prácticas concretas que realizan las personas en ese empeño, enfatizando en la manera en que activan o no los recursos disponibles en su entorno. Finalmente, se indagará en los principales desafíos que la acción pública debiese tener en cuenta con miras a incidir de manera intencional en ambos aspectos de la subjetividad. En síntesis, este Informe aportará elementos que apuntan no solo a describir el estado de la subjetividad en Chile, sino también a identificar los

elementos que permitirían a la sociedad chilena situar el bienestar subjetivo, individual y social, como orientación efectiva de una nueva manera de concebir los objetivos del desarrollo.

Ese propósito se traduce en el siguiente plan del Informe:

En la Parte 2 se analiza el significado que tiene el término “felicidad” en las conversaciones cotidianas de los chilenos, así como el uso que se hace de este concepto en el campo publicitario y en las industrias que de modo explícito ofrecen técnicas y medios para alcanzarla. Esto permite comprender qué está en juego hoy en Chile cuando se habla de felicidad, y por tanto responder de manera fundamentada a la pregunta de si es posible plantear la felicidad como un objetivo de desarrollo. A partir de este análisis se extraen los criterios para fundamentar la propuesta teórica del Informe.

La Parte 3 desarrolla el marco teórico del Informe. Se desestima el uso del término “felicidad” al nombrar un objetivo de desarrollo y se propone reemplazarlo por un concepto de bienestar subjetivo integral. A partir de este concepto, se discute cuál es la relación que puede establecerse entre subjetividad, bienestar, malestar y desarrollo, y se sitúa como espacio adecuado de intervención de la política pública el terreno de la agencia y las capacidades. Asimismo, plantea que para definir qué se debe potenciar es necesario generar un proceso deliberativo. Para dar curso a este proceso en Chile se propone un listado exploratorio de once capacidades que pueden potenciar el bienestar subjetivo en la sociedad chilena. Este listado es validado en talleres cualitativos.

En la Parte 4 se exponen los métodos que permiten medir el bienestar y el malestar subjetivos en la población y se presentan los principales resultados del estudio empírico realizado a la población chilena a partir de estos métodos. También se expone la forma en que se miden las once capacidades que contiene el listado exploratorio fundamentado en la Parte 3 y se muestra cuál es el impacto de cada una de estas capacidades en el bienestar y el malestar subjetivos de los chilenos.

En la Parte 5 se analizan los núcleos del bienestar y el malestar subjetivos, en los niveles individual y social. Considerando los resultados expuestos en la Parte 4, se realiza un estudio detallado de las seis capacidades que muestran tener mayor peso

explicativo en los estados subjetivos de los chilenos: salud, necesidades básicas, vínculos, respeto, seguridad y proyecto de vida. La parte termina identificando cuatro grupos en la población a partir de la combinación entre estas capacidades, el bienestar y el malestar subjetivos.

En la Parte 6 se analizan las prácticas que los chilenos y chilenas desarrollan cotidianamente para incrementar su bienestar subjetivo y reducir su malestar. Se analizan prácticas asociadas a la vida cotidiana: trabajo, familia y tiempo libre; y también prácticas asociadas a la constitución de identidad. Esta parte permite iluminar, en el nivel del trabajo cotidiano de los individuos, la importancia que tiene la lucha por el bienestar subjetivo y cómo la calidad de las condiciones sociales con que cuentan contribuye a facilitar o dificultar este trabajo.

La Parte 7 describe cómo las políticas públicas han intentado incluir en sus objetivos el bienestar subjetivo de las personas y las capacidades que lo probabilizan, tanto en la experiencia internacional como nacional, para aprender de esas experiencias e identificar algunos desafíos clave que este objetivo representa.

En la Parte 8 se entrega una síntesis de los hallazgos empíricos del Informe, se desarrollan las conclusiones y se esbozan los desafíos que emanan del conjunto de los temas analizados, tanto para las políticas públicas como para la representación política en general.